



HOTEL DE VILLE DE BRUSELAS.

ANTIQUÍSIMO MONASTERIO DE SAN MARTÍN.

La tercera casa de religiosos agustinos que hubo en el reino de Valencia fué la de San Martín, fundada por San Donato ó sus discípulos el año de 484, entre Sagunto y Cartagena, en la costa del mar, á una legua de la ciudad de Denia, en jurisdicción de la villa de Jábea, en un áspero y fragoso desierto, llamado en tiempo de los romanos Promontorio de Ferraria, segun Estrabon, por las ricas minas de hierro que se beneficiaban en sus contornos, despues cabo de San Martín, y hoy cabo Martín.

El citado monasterio fué muy célebre: escribieron de él: Juan Vasco en la *Crónica de España*, página 677: Mariana en la *Historia de id.*, libro V, capítulo XIII: el maestro Maluenda en el libro VII de *Ante-cristo*, capítulo XVI: Ambrosio de Morales en su *Historia de España*, libro XI, capítulo LX: Esteban de Garibai en la suya, libro VIII, capítulo XX: el licenciado Escolano en la de *Valencia*, libro VI, capítulo XIV: el Maestro Diago, libro V de los *Anales de Valencia*, capítulo VIII y IX: el maestro Marquez en el *Origen de la orden de San Agustín*, capítulo XII, párrafo 8.º, y el maestro Herrera en el *Alfabeto Agustíniano*, folio 103.

Sirvió de refugio á San Hermenegildo, cuando por haber abrazado la religion católica fué perseguido y buscado por los soldados arrianos de su padre el rey godó Leovigildo.

Gregorio Turonense lo refiere con estas palabras: «Entendido habemos lo que poco há aconteció á las Españas yendo el rey Leovigildo contra su hijo, y embistiendo gravemente su ejército, como suele á los lugares sagrados: habia un monasterio de San Martín entre Sagunto y Cartago la Espartaria: y viendo los monjes que habia de dar consigo este ejército cruel por haber dado albergue á San Hermenegildo, pónense en huida y escóndense en una isla de mar, dejando á su anciano y viejo abad en el monasterio: llegando los godos á él y saqueando sus bienes, que habian quedado sin guarda, se encuentran con el abad, corvado ya de viejo, pero levantado por su santidad; y uno que desenvainó la espada con ánimo de cortarle con ella la cerviz, dió consigo boca arriba en tierra y quedó muerto, y los demás, visto esto, huyeron, y llegando á oídos del rey mandó con grandes veras se le restituyese al monasterio todo lo que le habia quitado.»

Trascurrido el año de 715, los moros destruyeron y arruinaron completamente el de que tratamos, y así subsistió hasta que varios ermitaños devotos de la religion de San Gerónimo levantaron y edificaron otro por los años 1374; pero duró muy poco, porque los corsarios de Berberia le destrozaron en 1586, llevándose á los monjes cautivos, quienes fueron rescatados por D. Alonso de Aragon, conde de Denia, duque de Gandía y señor de toda aquella costa, á cuyos religiosos, para que viviesen mas tranquilos, les labró otro monasterio, que hasta nuestros días ha permanecido en uno de los parajes mas deliciosos de las inmediaciones de la segunda de dichas ciudades.

Nosotros, al recorrer hace tres años por mar y por tierra las

cabos Martín y de San Antonio, en compañía de varios de nuestros queridos amigos de Denia, tuvimos la satisfacción de contemplar los vastos paredones del monasterio que describimos, los cuales forman parte de una ermita que no tiene el menor mérito artístico, por cuyo motivo no sacamos una vista de ella.

Fragmento SALOMON.

MI VIAJE A LA REPUBLICA DEL ECUADOR.

(Conclusión.)

En sus cercanías se divisa la montaña Pichincha, una de las más grandes de la cordillera de los Andes—el Cayambé—el Antisana—y el Cotopaxi. Verá V. Otávalo, industriosa ciudad que cuenta 40,000 habitantes con fama de hermosos, y Latacunga de 17,000 almas; y verá V. Riobamba de 20,000, y Ambato muy cerca del Chimborazo, montaña que en el nuevo mundo cuenta solo cuatro que le superen en elevación, que son los picos nevados de Sorato á Illimani—y los dos volcanes Leoncagua y Gualatieri.—A Cuenca verá V. también, capital de provincia de 20,000 habitantes, y á 30 millas se distingue el famoso páramo de Asuay, el sitio más peligroso por donde pasará V., señora (allí se demayó el señor Mulas, á pesar de su apellido).

—Perdone V., coronel, repuso mi madre, que le interrumpió; ¿en qué consiste el peligro de ese formidable páramo?

—Ha de saber V., señora, que en la cordillera de los Andes hay nada menos que 97 volcanes en actividad!

—¿Qué asombro!

—Y junto al páramo en cuestión hay uno de aire tan terrible, que cuando mas en calma está, á ciertas horas salidas por la mañana y únicas en que por él se atraviesa, con todo es tan recio el viento, y su zumbido tan atroz, que para hablar entre sí las personas que van unidas, han de gritar con toda la fuerza de sus pulmones.

Los desgraciados que, ignorantes ó temerarios... se han aventurado á pasar por allí fuera de aquellas horas sabidas, han sido víctimas, y arrebatadas por el aire recuas enteras de caballerías, cuanto mas las personas: y no vaya V. á creer que esto sea hipérbolo.—Este, aunque riguroso, corto paso, no le resisten todos sin experimentar algun vértigo; pero no se asuste, y coma algun pedazo de fiambre, bebiendo algun licor espirituoso, aunque no lo tenga de costumbre; ese aire es muy frío; de modo que es necesario abrigarse, y los rayos del sol por otra parte quemar á inflaman la piel, de modo que para evitar su contacto hay que usar guantes de hule, una corbata, y un antifaz con cristales pequeños para ver por ellos.

—Y pasado este, ¿los demás caminos qué tal son?...

—¡Caminos, señora mía!... no los llame V. tales... es el caos!—Aconsejola que jamás se apea de la mula, que será del país, y que la sacará á salvo de todo peligro. Si yendo á pie no pisare V. precisamente la huella del indio ó guiso que la precediese, en aquel terreno que mas igual y mas verde le pareciese, corria V. riesgo de hundirse hasta el cuello en un pantano traidor. Otras veces hallará V. pendientes muy rápidas y resbaladizas, como si fuesen de hielo, guay! Si en apea V., deja que la mula casi sentada sobre las ancas se deslice, patinando materialmente; después tendrá V. varios saltos, el del sargento, v. g., que es una elevada peña formando de repente un escalon de seis pies de altura, y las muías, que allí son como cabras, saltan con carga y todo; vayan ellas bien apatejadas y cinchadas; V. agárrese bien y no tema, y vaya V. bien prevenida y enterada de todo lo que ocurre, á fin de que no la coja de sorpresa ni se asuste dando á las cosas mas importancia de la que debe... Además...

—Todavía hay mas, amigo mío!...

—Un río que va deará V. mas de diez veces en un solo día, el río Marañón; tiene su origen del lago Guanuco, en el Perú, donde se llama el río de las Amazonas (1); recorre un curso de 4100 leguas.

—Ya veo yo, dijo mi madre, que el Chagres es un arroyo. ¿Y el Marañón es siempre vadeable?...

—A eso iba: una vez habrá V. de pasarlo en unas máquinas llamadas *taravitas*... figúrese non viga clavada en el suelo y bastante elevada, de cuya estremidad alta sale un cable atravesado el río y sujeto á otra estaca, pero mas baja, fijada en la opuesta orilla; pues bien, de dicha maroma cuelga una canasta ó cosa parecida, en la cual entrará V. y será despedido del otro lado como un rayo.

—¿De modo que, pobre de mí, allá iré por la cuerda como un cohete á la congrevel?...

—Ni mas ni menos, ¡á la jód! pero nunca suceden desgracias.

—Bien; pues el señor Mulas me habia llamado todas esas lindezas. (El señor Miranda rectificó luego esta noticia diciendo que era una broma suya, pues como digo en la anterior nota, etc.)

—Sería por no asustarla á V.

—Me gusta la aprension! siquiera V. no me anuncie temporales á cada momento, cabelleras negras trotando fuego; calmanes prometiéndole á uno comerle, ni culebras que equivocadamente le abrazan á uno y se van sin decir esta boca es mía; ni alacranes punzándole á uno el estómago; ni jejenes, ni higuas, ni qué sé yo qué otras baratijas...

—Y para que aun se consuele más, señora, continuó Miranda, la aviso que cuanto mas se aproxime á Quito menos insectos hallará, y en Quito ninguno.

—¿En qué consistirá? ¿V justamente debajo de la misma línea?

—Probablemente en la proximidad de los Andes, cuyas cimas estan coronadas de eternas nieves, hasta las que se hallan en las regiones de la zona tórrida; y no hay nada en el mundo tan ameno como el valle de Quito, donde reina una eterna primavera, en donde los árboles jamás se desmudan de sus verdes hojas, ni de su lozanía los campos, ni en parte alguna del orbe tienen los animales tan ricas pieles ni plumajes, ni hállanse con abundancia tanta. El caballo, el carnero, la cabra, el buey, el gato y el perro han sido aquí naturalizados, y se han multiplicado sin degenerar en toda América. En sus bosques hay muchos ciervos, llamas, guanacos, monos, hormigueros, tigres y otros mil, culebras de toda especie, y algunas de una magnitud fabulosa.

Interminable sería nombrarla á V. (ni yo podría) las muchas plantas y pájaros de este país. Entre las aves son notables la magnífica familia de los *colibrís*. Los pájaros-moscas, cuyos resplandecientes colores rivalizan con los de las mas hermosas flores y las mas relucientes piedras preciosas. Los *tocugares*, de preciosísimo plumaje; los *guacamayos*, los *papagayos*, los *periquitos*, y otras mil especies de riquísimos colores, y cuyo canto se deja oír desde por la mañana hasta por la noche en aquellos bosques donde existen los mas corpulentos árboles y las mas exóticas plantas. Hay la *yuca*, *cañabe*, *arroz*, *cañá*, *maíz*, *trigo*, *caña de azúcar*, *café*, *banano*, *algodon*, *vainillas*, y especias como la canela, *azafran*, nuez moscada, muchas drogas medicinales, y en primer lugar el árbol de la quina, que produce una fruta como una almendra; el sen, el rubarbo, etc. Guárdese de un arbusto llamado *guao*, cuya sombra mata. Frutas encontrará V. todas las mas sabrosas: cocos, piñas, naranjas, ananas (ó *piña de Indias*), plátanos, zapotes, guayaba, papayo y albaricoques grandes como pequeños melones, y cien otras no menos sustancias y aromáticas. Si son las mares, hállanse pobladas de los mayores peces, y en los rios hay tortugas colesales.

—¿Y este territorio de la América meridional, dijo mi madre, es muy estenso?

—De anchura tiene 1200 leguas y 1000 de largo; una superficie de leguas cuadradas de 4.954.306. V para concluir, señora, hablando de las dos Américas en general, puede sin exageracion decirse que es la parte del mundo en donde se encuentran las mas ricas y abundantes minas de hierro, cobre, plata, platina, oro; asfalto, azogue, plomo, mármoles, azufre, zafiros, rubies y diamantes, y á mi entender, á esta genita América una cosa sola le falta para ser ínhábitamente superior á la cedeña Europa, y esta llegará: ¡su civilizacion!

Calló el señor Miranda, después de manifestar que habia hecho su bosquejo; mi madre le dió las gracias, asegurándole que mas que bosquejo era un bonito cuadro ejecutado con una páteta bien provista de hermosos colores, manejados con un diestro pincel de mano maestra.

—A mi vez digo yo ahora al lector, que si le ha agradado el discurso del señor Miranda, pueda darle conmigo las gracias, por cuanto que sin él no hubiera disfrutado de su lectura, pues por motivos legítimos yo no pude pasar de Guayaquil; tuve pues que regresar á España con el sentimiento de ver á mi madre marchar sin mí á Quito.

Aquí debe empezar la segunda parte de esta obra, bajo el título de *Vuelta de viaje*, la que prometo escribir con mas amplitud al á ello me animará el ver que merecia una acogida benevola, muy particularmente por las personas á quienes dedico el ensayo de esta parte primera.

PEDRO DE PRADO.

(1) Este río está en la Nueva Granada, y no hay que gustarlo para ir á Quito, en 1841.

LA CAZA PARA LOS NIÑOS.

ÚTILES E INSTRUMENTOS.

Los útiles e instrumentos necesarios para preparar la caza de los pájaros, independientemente de la liga, los lazos, las redes, las habaillas y demás útiles de que hablaremos más adelante, son una podadera, un cuchillo, un cortaplumas, unas tijeras y una especie de vara de cuero para golpear las ramas de los árboles, para aguzar las varetas y preparar los cebos y lazos; una maza y muchos hierrecillos para hondar la tierra, fijar las estacas y tender las redes y lazos; bramante, hilo gordo, seda o alambre muy delgado para hacer cien nudos, y los lazos, reclamos o silbatos de diferentes voces para imitar el canto de diversas aves; *espantajos* o pájaros de paja puestos en la punta de un palo, que se agita para atraer a las aves; muchos pájaros enjaulados o atados de una pata, que están ya instruidos en cantar, saltar y revolotear, para hacer venir a otros; en fin, una caja de cartón para guardar los reclamos, las cerdas, los bramantes y demás útiles e instrumentos; una bolsa de lienzo blanco, furrada de hule para meter las varitas; y una jaula con varias separaciones para encerrar la caza.

LO QUE SE LLAMA PÍPER.

Se llama *píper*, producir por medio de una hoja que se mete en la boca, un ruido que semeja el grito lastimero del mochuelo o del buho; porque la mayor parte de las aves, que tienen una antipatía profunda a estos animales terribles que se aprovechan de su sueño para atacarlas y llevar la ruina a sus nidos, se apresuran a salir del apuro en que crecen encontrarse, y a llamarse unas a otras para atacarles y tratar de vengarse.

LO QUE SE LLAMA RECLAMAR.

Se llama *reclamar* tocar con destreza, ó con la mano ó con un instrumento ó máquina, procurando producir un grito que imita el de alarma de algun ave del campo ó de los bosques para llamar a los pájaros vecinos, ó mas bien un ruido que realmente no se parece a nada, pero que excita la curiosidad de las aves de toda especie, y las obliga a acercarse para satisfacerla.

CAZA CON LIGA.

Se llama *cazar con liga* disponer en el campo, en los bosques ó en las orillas de los arroyos, unas varitas muy delgadas, mas ó menos largas, notadas con liga, puestas en el sitio por donde han de pasar las aves, para que las toquen con las patas ó con las alas; la liga que las cubre se pega á sus plumas e impide su movimiento; no pueden correr ni volar, y se las coge fácilmente.

Hay diferentes maneras de cazar con liga, ya estendiendo simplemente, como acabamos de decir, las varitas en el campo á la entrada de los bosques ó las orillas de los arroyos, ya colocándolas en un árbol, cuyas hojas se han arrancado, lo que se llama *cazar en el árbol*; ya poniéndolas en las encrucijadas y cercados de los caminos, lo que se llama *cazar envareando las zarzas*; ya por último, colocándolas en los sitios á que generalmente vienen las aves á beber, lo que se llama *cazar envareando los abrevaderos*.

QUITAR LA LIGA A LAS AVES.

Para limpiar las plumas de las aves que han caído en la liga, se empolva la pluma con ceniza y salvado, pasados por tamiz, y se deja al pájaro una noche en este estado; al día siguiente se mojan las plumas que están manchadas con las puntas de un plumerito, y se vuelve á dejar el pájaro otro día en este estado, y al siguiente se unta las plumas con una mezcla de manteca y tocino, y á las pocas horas se lava el pájaro con agua templada, se le seca con un paño á propósito, y se queda enteramente limpio.

CAZA DEL CUERVO.

Se puede emplear la liga de una manera muy diversa para cazar á palos los cuervos en tiempo de nieve. Se hace una porción de cucuruchos de papel, que se dejan abiertos, y se llenan de liga los bordes interiores, teniendo cuidado de meter en cada uno un pedazo de carne cruda; en seguida se colocan derechos en medio de la nieve, en los campos inmediatos á la estancia de los cuervos, ó se les sujeta muy poco á los árboles que ellos eligen generalmente para posarse. El cuervo al ir á comer el cebo que está en el fondo mete la cabeza en el cucurucho enligado, que se pega á su pluma, y como no vé se eleva de repente para tratar de quitárselo; pero todos sus esfuerzos no hacen

mas que pegar mas el cucurucho en que tiene metida la cabeza, y al momento vuelve á caer en tierra para buscar otro medio de librarse. Entonces se puede correr para cogerlos con la mano ó matarlos á palos. Pero es preferible coger desde luego algunos vivos, porque entonces se les ata en el campo á una estaquita, y sirven para llamar á los demás.

Es inútil decir que este medio de cazar, aunque indicado especialmente para los cuervos, se puede emplear con buenos resultados en la caza de otras aves, teniendo cuidado de poner otra clase de cebo en los cucuruchos.

CAZA CON REDES Y LAZOS.

Para la caza con lazos y redes se emplean hilos gordos con las puntas de seda, crines, bramantes ó alambre muy delgado, con los que se hacen nudos corredizos, simples ó dobles, sueltos ó fijos en la tierra, segun la clase de aves que se quiera coger, y se tienden todas estas redes ó lazos en los parajes que ellas frecuentan, para que se prendan al pasar.

Se llama *cazar con lazos fijos*, cuando se colocan en la tierra, atándolos por las estremidades á los troncos de los árboles ó las zarzas de los cercados, ó á estaquitas que se clavan en las regueras de los caminos, ó en los surcos de los sembrados; y *cazar con lazos colgados*, cuando se suspenden los lazos en el aire entre las ramas de los árboles, en los bosques, en los setos, en las viñas, después de haber puesto en su interior cebos, como uvas, cerezas, grosella, ú otras frutas á que las aves son muy aficionadas.

CAZA CON REDES.

Hay un modo de cazar con redes, que consiste en tender en el aire, en los parajes ordinariamente frecuentados por las aves, y sobre todo en las arboledas, redes sencillas ó dobles, débilmente sostenidas por medio de palos móviles, fijos en las ramas vecinas, con frutas colgadas en medio; otras veces estas redes están sujetas mas bajas entre las zarzas ó los árboles pequeños. El ave, al pasar con mucha ligereza para coger la fruta, toca á la red, que cae y la envuelve, y esto es lo que se llama caza.

Los otros modos de cazar son con redes de *perdices* y *codornices*, y otra porción de útiles, que todos ellos consisten en redes de diferentes construcciones, que se tienden en los campos ó se sujetan á estacas móviles, que se caen al mas ligero choque, que se arroja sobre las aves como un esparavel sobre los peces, y que se tiende del mismo modo que las de los rios. Pero la caza con red mas importante, mas usada y menos cansada, es la *caza de chirión*, que consiste en dos grandes sábanas de redes, que se tienden en los campos por medio de estacas; en medio de estas redes se ponen moscas, aves de reclamo y toda clase de cebos, y que se recogen con ligereza sobre las aves que se acercan al cebo por medio de una cuerda larga, cuya estremidad llega hasta el sitio en que está oculto el cazador.

CAZA CON ESPEJUELO.

El espejuelo es un instrumento que todo el mundo conoce, de que se sirve el cazador para atraer las aves á la vid, y que se llama generalmente *espejuelo para alondras*, porque sirve especialmente para cazar á estas aves. Los rayos del sol, dando sobre el espejuelo, que está en continuo movimiento, y reflejándose á lo lejos, excitan la curiosidad de las alondras, que se apresuran á bajar, y vienen á contonearse delante del espejuelo, que está colocado en medio de una red, que acabamos de designar con el nombre de *chirión*, y que se cierra de pronto sobre el ave curiosa.

Hay espejuelos que se manejan como una péndola, y su movimiento dura una ó dos horas; pero generalmente los de esta especie son mas propios para cazar con escopetas, porque este espejuelo sigue moviéndose aun después de haber tirado el cazador, y á pesar de la detonacion hace venir inmediatamente otras alondras, á que puede tirar de nuevo. Pero para la caza con red, cuando la alondra baja cerca de él, y está luchando con la incertidumbre y el deseo de acercarse mas, lo que es necesario, porque la red no llega tan lejos como el tiro, es importante detener el movimiento de rotacion del espejuelo, y por último pararlo del todo cuando la red está sobre la cabeza de la primera alondra, porque seria muy perjudicial atraer mas alondras para no poder cogerlas, y que se alejarían para no volver mas. Esta es la razon por qué en la caza con red es preferible hacer girar el espejuelo por medio de un doble bramante metido en una anilla atravesada por un hierro que la sostiene, y que le hace girar de lejos á voluntad del cazador.

CAZA CON LAZOS Y TRAMPAS.

La descripción de las numerosas clases de lazos seria demasiado

larga para nuestro propósito. Indicaremos solamente los nombres de aquellos que pueden usar los niños sin inconveniente y sin peligro.

De este número son: *el lazo bafiente, el lazo doble, el lazo sin fin, el lazo esférico, el lazo de mimbre, el de cifra*, para la caza llamada de *hojuelo*: todos estos medios no necesitan más que poner los instrumentos en los sitios frecuentados por las aves, á ir de cuando en cuando á ver si há caído alguna pieza.

La *caza con braza, con raqueta* exige más cuidado, una presencia más continua, y ofrece más dificultades en su ejecución; pero creemos haber dado suficientes detalles de las demás clases de caza que pueden distraer á los niños, y terminaremos haciendo una reseña de la caza de noche, y de la caza general, que se llama establecer un ojo.

CAZA DE NOCHE.

La caza de noche, que es la más distraída y más fácil de ejecutar, es la que se llama la caza con red llamada *rafa* y la *antorcha*. Se hace por cuatro personas en las noches muy oscuras, con una red de malla de doce á quince piés de larga y diez de ancha. Dos de ellas llevan la red; se colocan, tendiéndola al través, al fin de un soto en que se cree que hay pájaros; una tercera persona con una *antorcha* encendida á veinticinco ó treinta pasos de los que tienen la red, y en la



misma dirección de la estension del soto; la cuarta, por el contrario, va á colocarse con un gran palo á la estremidad del soto, y cuando está tendida la red se adelanta lentamente á lo largo del soto golpeando de cuando en cuando las ramas con el palo: las aves que se despiertan, y que más que todo se asustan con el ruido, se dirigen por el lado de la luz, que toman por el sol que nace, y caen en la red. Es preciso tener cuidado de no encender la antorcha hasta el momento que el cuarto comience á golpear las ramas.

CAZA CON REVERBERO.

Hay una otro medio de atraer á las aves por la noche, pero que es aplicable con especialidad á las aves acuáticas. Es el que se llama *cazar con reverbero*. Consiste en atar por la noche á un árbol un Caldero bien limpio ó cualquiera otra pieza de cobre de figura cóncava, y de poner en el suelo, á algunos pasos de distancia, por lo más ó menos á igual distancia del árbol y del río, una palanqueta llena de aceite, y en ella se encienden muchas mechas. Las aves acuáticas á la vista de una cosa nueva, que toman sin duda también por la salida del sol, con que tiene mucha semejanza este reflejo, se acercan á la orilla, según su costumbre así que sale el sol, y entonces son

cogidas en los lazos, las redes y demás trampas que están colocadas á las orillas.

EL OJO.

En general se llama disponer un *ojo*, preparar en los bosques un sitio conveniente para hacer una caza general, en la que ponen á un tiempo en uso todos los medios que hemos indicado separadamente, los cebos, los reclamos, las hojas para imitar el chillido del mochuelo, los instrumentos para remedar el grito de alarma, los espejuelos, la liga, las trampas, los lazos y las redes.

Esta clase de caza se hace generalmente á la entrada de un bosque inmediato á una llanura, antes y después de ponerse el sol, porque entonces las aves están continuamente entrando y saliendo, mientras que á las nueve y media están dispersas por la llanura, é las tres se dejan ver poco por efecto del gran calor, y al anochecer se dirigen directamente á sus nidos, sin detenerse en la entrada del bosque.

Se pueden emplear otros mil medios distintos en esta clase de caza, como son: hacer surcos en la tierra para poner lazos, trazar avenidas y sotos en que tender las redes, cortar algunos árboles y arbustos para poner las varetas, y formar un sitio ó cabaña de follaje para esconderse, con pequeñas ventanas para poder estar siempre mirando los diferentes lazos y redes.



Todas estas precauciones dependen de la inteligencia ó de la mayor ó menor paciencia de los cazadores; pero es un medio que da muy buenos resultados, que está al alcance de todo el mundo, y que recomendamos sobre todo á nuestros jóvenes amigos para asegurar los resultados de la caza: pero en el *ojo*, como los demás medios de la caza de aves, hay que observar siempre el mayor silencio.

MARTÍN DE ARANDA.

NOVELA ORIGINAL,

DEDICADA

AL SEÑOR D. ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

POR

PABLO GAMBARA.

I.

RETRATO DE FAMILIA.

Acababan de sonar las diez en el reloj de San Juan de Dios, y la noche, que hasta entonces había sido oscura y fría, comenzaba á

desahacerse en agua. El invierno no había llegado aun; pero es sabido que el clima de Madrid es mas caprichoso que el carácter de una coqueta; y las estaciones se distinguen en él frecuentemente solo porque el calendario las anuncia.

En el piso tercero de una casa situada en la calle del Niño se hallaban reunidas varias personas, guardando un silencio raro vez interrumpido. Antes de ocuparme de ellas, me permitan mis lectores hacer la descripción del cuarto, lo cual dará mas colorido á sus fisonomías.

Era una pieza cuadrada, con el techo de bovedillas y un poco abuhardillado, sin papel ni pintura alguna en las paredes, de las cuales pendían algunos cuadros religiosos, muy mal grabados, y en el testero principal, encima del sofá, un cuadro al óleo representando á una señora en traje de maja, que era sin duda un retrato de familia. El sofá y las sillas eran bastante antiguas; brillaban mucho sus palos, gracias al aceite con que las charrolaba el ama de la casa, sin piedad de los vestidos de las personas que en ellas hubieran de ventarse. A la derecha de la habitación se veía una mesa con adornos de metal, y sobre ella, entre dos candeleros de cobre, adornados con bujías amarillentas de puro viejas, se destacaba una urna de cristal con un San Juanito de cera; enfrente de la mesa, y haciendo juego con ella había una cómoda de pino, tambien con adornos dorados, y sobre la cual un gran reloj de sobremesa estaba parado hacia cinco ó seis años en las cuatro menos cuarto.

El suelo estaba cuidadosamente encerado y cubierto en algunos sitios con tapetes de esparto. Las puertas, que eran vidrieras, bastante desiguales por cierto, lucían cortinillas de tafetán verde. La caja de madera sin pintar que encerraba el brasero, cubierta con su fuerte y dorada alambrecera, encantaba por su limpieza. Toda la habitación respiraba esa atmósfera fresca y tranquila, ese olor de limpieza, digámoslo así, que nos sorprende en las casas de ciertos eclesiásticos.

En el momento en que comienza mi relación, dos señoras ancianas, flaca y alta la una, y baja y rechoncha la otra, se entretenían en hacer calceta. Junto á la mesa y á la luz de un velon arrojante, una jóven como de diez y ocho ó veinteaños, hermosa como un ángel, pero algo ajada por el trabajo, vestía una camisa de flanela tela, y un anciano de sesenta ó setenta años de edad, bajo de estatura, encorvado y sosteniéndose sobre un baston de caña con puño de marfil en forma de muleta, pasaba la habitación. El rostro de este anciano, ovalado, seco, de nariz saliente y barba aguda, de labios fruncidos y ajados, y de ojos redondos, pero vivos, parecía en este momento agitado por la impaciencia y el enojo. Parábale de tiempo en tiempo, tocaba del bolsillo de su chaleco rayado un gran reloj de concha, le consultaba en silencio, hacia un movimiento de impaciencia, y tornando á guardarle continuaba su modo de pasear.

—No son mas que las diez, Pedro, dijo la señora alta la última vez que la vió sacar el reloj; todavía es temprano.

—¿Pero por qué no me obedeces? dijo el anciano parándose. ¿No soy yo nadie? ¿Quién le ha enseñado que no debe de hacer sino su voluntad? Pues estaría bueno!

—Puede habérselo pasado la hora sin saberlo, dijo la jóven; ¿quién sabe lo que habrá ocurrido?

—Pues por lo mismo que no sabe uno lo que puede suceder, debía él de estar aquí cuando se le manda, prosiguió D. Pedro parándose de nuevo; ¿si lo haré yo porque no se divierta? No, seguramente; yo sé que no es vicioso ni calavera, que se rane con buenos amigos, que es juicioso en fin; pero por lo mismo miro mas por él, y quiero que no me ponga en cuidado con su tardanza. Ya se lo he dicho; en dando las diez ha de estar en casa, ó no le abro la puerta y pasa la noche al sereno.

—No sería capaz de hacerlo, dijo Doña Paula, la anciana flaca, que era esposa de D. Pedro.

—¿Que no sería capaz? dijo el anciano arreglando la manga de su larga levita color de pasa. Tú no me conoces todavía, Paula. Que haga él la prueba. Y luego añadió: de todas estas cosas tú eres la causa principal.

—¿Yo?

—Sí, porque todo se lo consientes; le mimas demasiado, y de eso nace su poco respeto á sus padres.

—¿No, dijo Doña Paula, yo le enseño á no guardarle respeto? ¿Acaso me le tiene á mí? Señora, añadió volviéndose á la anciana que la acompañaba, no puede V. figurarse cómo ha mudado mi hijo. Yo no sé qué es lo que quiere ni cómo nos mira; pero lo cierto es que no podemos soportarle. Usa con nosotros una altivez, unos humos de grande de España, que no vienen á cuento. Se lo he dicho muchas veces; pero me responde con una sequedad y un desden, que ya no le reprimdo por no tener que oírle.

Mientras Doña Paula hablaba, nadie paraba mientes en la jóven que estaba junto á la mesa, y que inclinaba la cabeza sobre su costura

mas de lo regular, para ocultar una lágrima que se desprendía de sus ojos. Esta lágrima indica al lector mas de lo que pudiera yo decirle acerca de los sentimientos de esta jóven, á quien bautizaré con el nombre de Margarita.

D. Pedro iba á contestar á su mujer, cuando esta se puso el dedo en la boca, pidiendo silencio, y cesó. A los pocos momentos se oyeron resonar sobre las losas de la calle, y entre el ruido de la lluvia que caía á torrentes, los pasos de una persona que marchaba con precipitación.

—El es, dijo Doña Paula.

—Sí, dijo solamente Margarita, que le había reconocido antes que nadie, aunque había callado.

Un momento después cruzó la cerradura de la puerta de la calle, y aun no habían pasado dos minutos, cuando sonó la campanilla del cuarto de D. Pedro.

—Voy á abrirle yo, dijo el anciano cogiendo el velon y dirigiéndose á la puerta; pero Margarita le había precedido, y cuando él llegaba á la puerta de la sala, Martín se presentó en ella.

Era este jóven alto y delgado, de color pálido y terroso, rostro largo, nariz algo chata, pero muy fina, y frente abovedada, ceñida de cabellos negros y rizados, que caían sobre sus hombros en largas mechas, segun la moda de aquella época. Sus ojos, negros tambien, colocados á flor de la cara, estaban dotados de extraordinaria vivacidad, y animados por un fuego calenturiento. Su labio inferior, admirablemente recortado, se fruncía con cierta contracción propia de la ira. Un fisiólogo hubiera reconocido en él las señales del temperamento nervioso, agitado por un pesar constante. Su corazón debía de asemejarse á un vaso de cristal lleno de aguas y próximo á estallar á cada momento.

Diseñando el carácter moral de este personaje, su modo de obrar se hará mas comprensible al lector; pero es indispensable para esto escribir su biografía, con la cual está enlazada, aunque solo ligeramente, la de los demás personajes que intervienen en esta escena.

En el tiempo en que España dormía bajo el régimen de la monarquía absoluta, D. Pedro de Aranda, padre de Martín, era simple escribiente de una oficina, y sus relaciones estaban todas comprendidas en el estrecho círculo de sus colegas, hombres encanecidos como él en aquel trabajo mecánico, porque esto pasaba en un tiempo en que un empleo del gobierno era tan seguro como una canongía, y una tertulia de vejez, en que pasaba las primeras horas de las noches de invierno jugando á la lotería y hablando de Godoy, María Luisa y la guerra de la Independencia. La Constitución vino á turbar su paz. El gobierno, que no quería escribientes absolutistas, le quitó el destino, dándosele á un liberal, en premio de que conocía la verdad de la nueva causa. D. Pedro de Aranda quedó cesante, y por lo tanto en la miseria, haciéndose enemigo del nuevo régimen, del cual solo conocía un efecto, la pérdida de su destino; pero oyó decir que la nueva forma de gobierno abría el camino del poder á todos los españoles, atendiendo, no á su cuna, sino á su capacidad, lo cual creyó cosa nueva; vió en el poder á personas cuyos padres había conocido en esa situación que la suya, y determinó hacer de su hijo un ministro. Envióle á estudiar, gastando en esto mas de lo que tenía; pero viviendo contento en medio de sus privaciones con decir, mirando á su hijo: «El será feliz.»

Por desgracia sucedía lo contrario de lo que el padre esperaba. El día en que Martín entró en un colegio se cerraron para él las puertas de la felicidad. La primera lección que tomó de lengua latina fué tambien la primera de dolor. Ved aquí cómo. El traje de Martín estaba hecho por su madre de unos vestidos viejos, pues como la familia había caído en la miseria de la gente de gente, la mayor de las miserias, no podía gastar dinero en un vestido nuevo. El traje pues era viejo y además algo ridículo, merced á la poca costumbre de la costurera. Los condiscipulos de Martín lo notaron y le hicieron burla diciendo: «¿Qué traje llevas? A lo cual el niño contestó con la natural candidez de la infancia: «si no tengo otro». Entonces las burlas crecieron, los niños grababan de descubrir que era pobre su condiscipulo, y en un colegio se aplaude al pendenciero, se apocia al desahogado, se perdona tal vez al acobardado, pero nunca al pobre. Desde aquel día todos se conjuraron contra Martín. Huir de su amistad como de la de un leproso, y solo se acercaban á él para dirigirle insultos. Todos se creían con derecho de mandarle, y él les obedecía, creyendo por este medio lograr su amistad. Locura! Rechazan sus servicios como homenajes debidos, y el día en que se negó á tributárselos, le pegaron todos. Los mismos maestros, que esperaban poco fruto de su enseñanza, desahogaban en él la ira causada por la desaplicación ó las travessuras de los otros, que eran mas ricos ó aparentaban serlo. Martín en el colegio padecía como el pueblo judío en España, en los siglos pasados, para escarmiento de los demás. Ajábase en todos, y se precipitó en el estadio como en un refugio. Con una verdadera fiebre, devoró todos los libros buenos y malos que se le presentaron. Re-

flexionó que él escribir se pagaba, y soñó en hacerse autor; pero no quería esperar para coger los frutos á que estuviesen aazonados; no sabía ó había olvidado el proverbio tan verdadero en literatura que dice: *cuan do solés deprimis, vialote despacio*, y así escribía antes de leer, y por leer obras literarias olvidaba estudiar las obras de su clase; conocimientos preparativos que un día debía echar de menos. Construyó el edificio empezando por las cúpulas de las torres, y se admiraba de que siempre estuviera en falso y se derrumbara por sí mismo. Los maestros notaron que faltaba á las lecciones, y castigaron su desaplicacion, cuando pasaba los días enteros entregado al estudio. Sus padres oyeron las quejas de sus maestros, y le reprendieron porque no apreciaba los escrifielos que hacían por él, cuando destruía su vida por poner un pronto remedio á los males que aquejaban á su familia.

Terminados sus estudios de colegio, entró en la universidad. Allí fué más cauto y procuró ocultar su pobreza. Aparentó un carácter descuidado y algo ridículo, para disculpar su traje, que le denunciaba, como la marca al forzado, y sus condiscipulos que le veían sin pesiar treinta días al mes, no estranaron que no usase pomada; viámlóle siempre con las botas sucias, no miraron si estaba o rotas, y hallando en su levita todos los días las manchas de jeso de los anteriores, no vieron si estaba rajada. Algunas veces le culpaban su desidia, mas él decía: «¿Y para qué he de culpar de mi traje? No voy á ninguna parte, ni trato de enamorar al profesor.» Y efectivamente, no salía de su casa mas que el caracol de su concha. Pasaba el día leyendo, y así sus fuerzas se debilitaban y se marchitaba su juventud. A los veinte años era flaco y débil; su alma cargada con la lectura, era tan enferma como su cuerpo. Seguro de convencer á cualquiera de lo que quisiera, por absurdo que fuese, con tal de tener dos horas para pensar, no creía en nada, y se burlaba de la atención de los que le oían, enunciando y defendiendo principios raros, que tal vez contradecía á la mañana siguiente. Cuando un hombre se ve herido por todos lados por la desgracia, y solo en la vida, en la cual todas las puertas se le han cerrado, alza los ojos al cielo y en él encuentra á Dios que le consuela, como el leproso su lucero; pero Martín se cerró las puertas del cielo, atrojando de su corazón creencias religiosas.

Por este tiempo también comenzó á conocer la vida prácticamente en mayor escala. Comparando sus obras con las que veía salir á luz, encontró mejores las suyas, y corrió á una redacción á ofrecer unos versos, creyendo ya su fortuna hecha; mas no quisieron leerlos siquiera, y después de fatigas inútiles aprendió que mas vale en literatura tener amigos que talento, y que mas se ha adelantado para obtener reputación la noche en que se ha tomado café con una *notabilidad*, que el día en que se termina una obra de primer orden. Dedicóse á formar relaciones, tropezando siempre en el escollo de su pobreza, que como la cadena del perro le detenía cuando quería marchar. Necesitaba dinero para pagar su sitio en el café y en el Prado para usar un traje decente, comprar guantes, y en fin para todas las cosas que trae consigo el trato. Además, el mucho tiempo que pasó solo en su casa estudiando, le hizo silencioso y tímido, aumentando este último defecto su poco conocimiento del mundo. No tenía educación ni maneras ómas; lo sabía, y temblaba siempre de manifestarlo. La primera vez que comió fuera de su casa, acostumbrado por este pensamiento, no acertó á decir una palabra, y se mostró tan aturrido, que un amigo le preguntó si estaba enfermo.

Por este tiempo también comenzó á tener amores. El estudio de la literatura, que predispone el alma á los desórdenes mas que otro alguno, sucedió en la suya un fuego devorador, una sed estraña de goces tumultuosos que su misma posición le impedía satisfacer. Entre el círculo de personas que trataba, solo había una jóven y la amó, por que para él era la única mujer del mundo. Esta jóven era Margarita.

Huérfana de padre y madre, había sido criada por caridad por Doña Ramona Machuca, pensionista del Monte Pío militar. Malas lenguas aseguran que Doña Ramona quería demasiado á Margarita para ser una persona estraña, y encontraban cierta semejanza sospechosa entre las facciones de la protectora y la protegida; pero como no se puede creer todo lo que cuenta el vulgo maldeciente, y estas cosas son siempre difíciles de descifrar, no me detendré en conjeturas, ni avanzaré una opinión, que pudiera muy bien ser equivocada. Basta saber para mi propósito, que Martín había conocido á Margarita, por que ella y Doña Ramona vivían en su misma casa y ayudaban á pagar el suario á D. Pedro, y que Margarita comía para una tienda, visitándose con el producto de su trabajo, y pagando con él además á su protectora sus sacrificios. Pero hasta los dardos durados del amor se encobaron en el corazón de Martín. Margarita correspondía á su amor y estaba seguro de su fidelidad; no le pedía nada sino su corazón; no lo atormentaba con sus celos; pero era un diamante sin pulir, una flor silvestre. Su lenguaje se resentía de su cuna, y su falta de malicias le permitían hacer cosas que la hipocresía de las virtudes condena mas que permite el pudor virginal.

Una noche, Martín estaba en su casa, y algunos condiscipulos suyos vinieron á consultarle sobre un tema de la clase. A la vista de su casa, no les quedó duda de la pobreza de Martín, y este, que lo reconoció, sintió cómo le arrebataban el manto de púrpura con que pretendía cubrir su desnudez, se estremeció de angustia como el naufrago que siente crujir y ahogar la barguilla que le libertaba de las iras del Océano. Aumentó su tormento la ociosidad de su familia, que por querer mostrarse flojo y de buen tono, se puso varias veces en ridículo, y por último, le dió el último golpe Margarita, diciendo dos ó tres palabras que hicieron sonreír á los condiscipulos de Martín, y que zumbaron en los oídos de este cómo la sentenciá de muerte en los del reo, tanto mas, cuanto que por su vanidad les había confiado sus amores. En todo el tiempo que pasaron en su casa, Martín padeció lo que padecería si sintiera un arco tendido. Y cuando se marchaba, el recuerdo de lo que había pasado le perseguía sin piedad. Soñaba como el celoso, ideando dramas enteros sobre una sonrisa sorprendida, sobre una mirada interceptada, y para libertarse de su pesamiente no encontró otro medio que precipitarse en la lectura.

Pero su imuglacion no obedeció á su voluntad, y le representó sus pesares, iluminado por el fuego de la calentura. Su situación era insostenible y no podía durar. La educación y las costumbres de sus parientes le avergonzaban y enojaban desde que había visto, aunque desde el dintel, otro mundo y otras costumbres. Este enojo continuo le hizo duro y agrío para con su familia, que resentida al ver esto le reprendió hasta desespararle, echándole en cara todo cuanto hacía por procurarle una posición, es decir, el mal que le había hecho. Su porvenir se presentaba nublado, pues para elevarse tenía la nada por apoyo. Acudir ya á un oficio era imposible. La ambicion era su alma; por todas partes, en fin, le cercaba la desgracia, y para escapar á ella solo tenía un camino: el suicidio.

Quizá en sus ideas había demasiada exageracion; pero no por esto se atormentaban menos. Las fantasmas que vemos en un sueño cercarnos y amenazarnos con sus puñales, no son nada, y sin embargo nos asustan; y el que diga al despertarse: «qué tanto he sido en asustarme á dirt una necesidad. Los dolores y los deseos no deben medirse cuando la razon está fría y el corazón late á compás, sino en el momento en que ardemos en su delirio; mas los dolores y los deseos no deben medirse sino por el mismo que los padeca, pues ciertamente don Juan Tenorio no sentía lo mismo que Diego Marsilla al encontrar á su amada casada con otro hombre.

Martin acarició, durante algunos momentos, la idea del suicidio, como su único refugio; mas como la esperanza no abandona nunca del todo, se fijó un tiempo, dos años, para obtener una fortuna, jurándose que, si todas sus tentativas salían vanas en este tiempo, no se concedería otra próroga.

Después se fué á una casa de juego para consultar á la suerte, que le trató bastante bien, como á todos los que estan destinados á jugadores, pues si perdieron al principio, no se aficionaban. Martín creyó no apasionarse, porque miraba la banca como un medio, no como un fin, y escondía en su casa sus ganancias como el avaro, esperando que serían los cimientos de su fortuna futura. Ann no había perdido sus esperanzas literarias, y palpaba hacia tiempo la necesidad de conocer la sociedad, para quien iba á escribir y á quien intentaba retratar, y esperaba que las ganancias del juego le abrían sus puertas; pero qué corriente no se entorbia mezclándose con otras vanaglorias? Martín se aficionó al juego de día en día, y al cabo de un año tenía un vicio mas y una docena de amigos capaces de corromper el alma mas inocente.

Venia de negro humor, porque había perdido en el juego hasta su último real.

Su padre le recibió diciéndole:

—Son las diez y media.

—Lo sé, respondió Martín con desabrimiento.

—Oh! ¿lo sabes? dijo D. Pedro con ira mal contenida, ¿y no sabes lo que te he mandado?

—No he podido venir antes, murmuró Martín quitándose la capa con insultante desden.

D. Pedro levantó su bastón; pero su mujer y Doña Ramona le contuvieron.

—Dejadme, decía D. Pedro; ¿no ven Vds. cómo me responde? ¡Fúlgeme á su padre, que se sacrifica por él!...

—Buenos sacrificios! murmuró Martín.

Sus ideas se confundieron con aquellas compañías, sus sentimientos destrozados se envenenaron, y si alguna virtud se elevaba alguna vez en su alma como una flor entre cenagosas roinas, era debida á su orgullo solamente, y su brillo entristecía como el destello de un astro solitario en una noche de tinieblas, como una corona de rosas colorada sobre un estado.

Cuando Margarita le abrió la puerta le dijo, rozando con sus labios su ardiente mejilla:

—Tu padre está enojado por tu tardanza.
—Bien, dijo Martín; y con la frente agobiada y el paso firme se dirigió á la sala, sin corresponder apenas á las caricias de la joven.

—¿Pues qué más quieres? ¿No me he arruinado por tí? ¿No le he dado una educación, una carrera, para que algún día pudieras brillar en el mundo? Y todo esto sujetándome á privaciones, que á mi edad...

Como ha dicho antes, Martín tenía fiebre, y se encontraba en ese estado en que el alma no percibe más sentido en las frases que el que la fiere; así es que volviéndose repentinamente á su padre, respondió:

—Si soy para V. una carga pesada, diga V. una palabra y dejaré de serlo.

—¡Infame! dijo D. Pedro arrojándole el bastón, que fué á romper la urna del San Juanito.

Martín volvió á ponerse la capa, entró en su cuarto, y pocos momentos después volvió á salir, llevando en la mano un rollo de papeles escritos.

—Abur, dijo dirigiéndose á la puerta.

—¿Adónde va V., caballero? le dijo D. Pedro deteniéndole.

Martín no respondió y siguió marchando.

—Si sales de esa puerta no vuelves á entrar, le gritó su padre.

—No tenga V. miedo, respondió Martín; no quiero ser para nadie una carga gravosa.

Y saliendo cerró tras sí la puerta con estrépito, lanzándose precipitadamente por la escalera.

II.

EL PRÉSTAMO.

El estado en que Martín abandonó la casa paterna, como todas las emociones del corazón, es casi incomprensible para los que no le han experimentado, ó que á lo menos, familiarizados por la costumbre con un estudio psicológico de su alma y de las ajenas, pueden comprender todos los sentimientos. Martín lloraba cuando salió á la calle; pero difícil sería decidir si sus lágrimas eran hijas del sentimiento ó de la ira. Lo que hay de cierto es que maldecía su suerte, que estaba pesadoso del paso que acababa de dar; pero que ninguna fuerza humana le hubiera hecho retroceder.

No sé cómo pasó la noche. Quizá en una de esas hospederías, en cuya puerta hay un farol de papel, en el cual se lee en letras gordas y desiguales: «Posada para dormir. A cuatro cuartos solo y dos con compañía.» Quizá se recogiese en una casa de prostitución, y lo que es aun más probable, quizá no se recogiera en ninguna parte y pasase la noche á la intemperie.

Lo cierto es que al otro día desde muy temprano paseaba las calles de Madrid, empujando en su capa húmeda, y llevando en la mano el rollo de papeles que sacó de su casa, y que era una colección completa de sus ensayos literarios. Caminaba despacio y muy pensativo, meditando en los medios que podría emplear para ganarse el sustento, y contrastábase no poco al considerar que habiendo gastado su juventud en el estudio y la meditación, no sabía hacer cosa que valiese un pedazo de pan; mientras pasaban junto á él, frescos y rollizos, cien jóvenes, con el pensamiento virgen, que habiendo nacido pobres lograban sin embargo hacerse un lugar en el mundo, y florecer allí como el musgo en las junturas de la piedra.

—Qué inútil es para los filósofos la filosofía! murmuraba; es verdad que toda ella se reduce á una colección de frases inútiles.

Sumerjado en estas ideas le encontró su amigo Lallana, que á juzgar por el aristocrático desarreglo de su traje (como diría Balzac, que llevado de esta idea no abandonó nunca su grisenta levita verde), y por el fruncimiento de sus cejas, no estaba dominado por otros pensamientos más alegres.

Después de haberse saludado, Lallana preguntó á Martín:

—¿Adónde vas?

—A tí me da que no lo sé, respondió Martín; ando buscando en mi imaginación el medio de resolver un problema de suma importancia.

—Nunca mucho costó poco. ¿Y qué es ello?

—El medio de encontrar dinero.

—Diablo! la piedra filosofal.

—La suerte está de uñas conmigo, y cuando juego, coloca siempre mi carta detrás de la de mi contrario; además de que ya ni aun tengo dinero para jugar. Llevo en el bolsillo una novela; pero solo de balde consienten los editores en imprimirla. Tengo un drama en el teatro; pero tú sabes lo que es eso por experiencia, y ves que nuestro amigo García Gutierrez calienta el rancho en su enarrel con los borradores de su *Trovador*, drama que haría época en la literatura si se pusiera en escena. No puedo pues esperar ningún fruto de mis escritos. ¿Qué me aconsejas que haga?

—La cuestión, dijo Lallana, es difícil, sobre todo para mí que hace

seis años me veo obligado á resolverla diariamente, y sin embargo no he dado nunca con la clave. Yo suelo abandonarme á la casualidad, cruzado de brazos, y ella me sustenta. Es verdad que algunos días se olvida de mí; pero aun eso es útil, y si tuviera que escribir una novela, podría decir cosas admirables sobre los efectos del hambre.

—Pero no sabes un medio...

—Ninguno. Abandonado en medio de Madrid, apenas sall de la escuela, por un padre á quien, entre paréntesis, no sé en qué he ofendido, empecé por empeñar mi ropa y vender mis libros; vendí después mis convicciones, alquilé mi talento á otros que hicieron fortuna con él; pero para ellos solos renuncié á la vergüenza, pisoté mi orgullo, adulé, intrigué, fui vil, si puede llamarse vileza al miedo de una muerte miserable y oscura, donde la pobreza es la única deshonra, y no he logrado nada sino remordimientos y desesperación al ver que he destruido inútilmente mi porvenir. Solo un consejo puedo darte, hijo de la experiencia y el dolor: por muy oprimido que te encuentres, no te deshonres; no creas á los que te dicen que la intriga y la infamia son el mejor camino para subir al poder; hay en la sociedad una justicia, hija de las circunstancias, y que casi nunca deja de imponer su castigo al que la ofende. El hombre que sabe es el bisnieto de la envidia de los que creen que les usurpa su puesto, y si en su vida anterior hay una vileza, no dejan nunca de descubrirla y escupírsela al rostro. El mundo, tan hipócrita como corrompido, le escupe también, y si alguna persona le defiende durante cierto tiempo, es porque le necesita, porque encuentra otro que le reemplace y esté menos infamado que él. La línea recta es en el mundo como en las matemáticas el camino más corto, y la línea recta es la honradez hasta tanto que se tiene el poder de imponer costumbres.

El acento con que Lallana dejó escapar estas palabras, revelaba una desesperación tan profunda, que Martín se conmovió. Oía las quejas de la ambición aprisionada, abrumada por un mundo colocado encima de ella, como el Riza sobre Encelado; veía las lágrimas de Luzbel al mirar en la noche, perdido en la sombra como un astro apagado el resplandor del Paraíso. Lallana calló, y Martín respetó su silencio durante algunos minutos; después Lallana hizo un movimiento con la cabeza, como si quisiera arrojar sus ideas hacia atrás, y dirigiéndose á Martín le dijo:

(Continuará.)

ACTO DE CONTRICION

DE LOPE DE VEGA CARPIO (1).

Aunque en culpa y error fui concebido,
Y fui nacido en culpa, y en pecado,
Y desde que nací, Dios, te he ofendido,
Y he sido inobediente á tu mandado;
Aunque como traidor he delinquido
Contra tí, gran Señor, que me has criado,
Aunque es tan grande, y tal mi desvario,
Dulcísimo Jesús, en tí confío.

Aunque me esté el castigo amenazando
De las terribles penas del infierno,
Y aunque el demonio vil me está acusando,
Prometiéndome dar tormento eterno;
Y aunque mi vida ya se va acabando,
Y veo que he vivido sin gobierno,
Y aunque he sido cruel, traidor, impío,
Dulcísimo Jesús, etc.

Aunque sé, rey inmenso, en quien espero,
Que eres en tu juicio riguroso,
Y aunque sé en el día postrimero
Has de bajar airado y muy furioso;
Y aunque sé que eres justo y verdadero,
Y yo á tí fermentado y alcohoso,
Si lloro, y del pecado me desvío,
Dulcísimo, etc.

Poder tienes, Señor, para salvarme;
Poder tienes, Señor, para admitirme;
Poder tuviste, Dios, para comprarme;

(1) Creemos que nuestros lectores verán con gusto esta composición, ya que es una de las más bellas de nuestros ingenios. Se imprimió en hoja suelta en Valladolid, por Francisco Abasco de Argüello, el año de 1679.

Y del demonio pérfido exímirme:
Poder tienes, Señor, para libramme,
Y poderoso fuiste en redimirme;
Y pues es tanto y tal tu poderío,
Dulcísimo, etc.

Tu divina palabra me asegura
En que dices, Señor, que en toda hora
Que se volviese á tí cualquier criatura
Con fé, y con contrición que el alma adora,
Que con brazos abiertos de dulzura
Recibirás el alma pecadora.
Por esta real palabra, en la cual fio,
Dulcísimo, etc.

Porque no me perturbe el grande estruendo
De las fuertes cadenas infernales,
Que parece que ya las voy oyendo
Por mis graves delitos y mis males;
En tus manos sagradas me encomiendo,
Jesus, gran redentor de los mortales,
Porque sé que eres Dios clemente y pio,
Dulcísimo, etc.

Y vos, Virgen de culpa no manchada,
Mas santa que los santos, y mas digna,
Del Padre Eterno hija regalada,
Y de su hijo madre, á quien se inclina
Del Espíritu Santo esposa amada;
Pues tenéis tantas prendas de divina
Y tanto os ama Dios, y sois tan mia,
Rogad por mí, purísima María.

Ay Virgen santa, nuestra gran Señora,
Que hallo en el discurso de mi vida
No haber vivido en Dios tan sola una hora,
Por donde el alma teme esta partida.
Mas Virgen, siendo vos mi intercesora,
No teme el alma mia ser perdida;
Y pues el alma en vos espera y fia,
Rogad por mí, dulcísima María.

ROMANCE.

Muy triste la pastorella,
la del semblante de flores,
la envidia de las zagalas
y la gloria de los hombres;
En nieve el carmin trocado,
suelto el cabello en desórden,
entre suspiros derrama
perlas que el suelo recoge;
y llorosa se encaimina
con piés turbados al bosque,
que allí se dejó su alma,
que allí perdió sus amores.
Al pié de una fuentequilla
que murmura entre los robles,
y lleva arenas de oro
bajo verdes pabellones,
en un árbol de alta copa
y de corteza deforme
apoyó la blanca espalda
para llorar sus dolores.
Y allí el céfiro que un día
escuchó tiernas canciones,
agitando sus cabellos,
oyó lamentables voces:
que en una hermosa mañana,
dando envidia al sol sus soles,
vino por agua á la fuente...
¡feliz si muriera entonces!
¡Cuán alegre, de las aves
oyó los trinos acordes,
y hoy á sus quejas tan solo
la tortolilla responde!
¡Maldito el zagal cruel

que con mentidas razones,
cortando al ángel las alas
menospreció sus amores!
¡Maldito el zagal que luego
huyó con pasos veloces;
maldito aquel miserable
que entre las ramas se esconde!
Y ella con ojos llorosos
le vió perderse en el bosque,
llevándose su esperanza,
su paz y sus ilusiones.
Y le llama, y no contesta
aquel corazon de bronce;
y luego á su madre acude,
y su madre no la oye.
Desde aquel día á la fuente
viene cuando el sol se pone,
y allí en silencio y amargas
sus tristes lágrimas corren;
y el seno sin corazon
se agita al pensar el nombre
del que no teniendo pecho
se llevó dos corazones.

José GONZALEZ DE TEJADA.

PROBLEMA FISONOMICO.



¿Qué es lo que espresan estas seis fisonomías?

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO, á cargo de D. G. Alambra.